



RESPUESTAS PARA TENER FE ¿SIRVE PARA ALGO LA ORACIÓN?

No se conoce forma religiosa alguna en que la oración, la relación con Dios, no ocupe un lugar de preferencia. Oración en las formas y contenidos más diversos, pero siempre viviendo y expresando la vinculación con Dios. Adoración, sacrificio, homenaje, alabanza, ofrenda, peticiones, reconocimiento, súplica de perdón... Los modos y formas pueden ser muy variados. El contenido esencial es siempre el de la relación, el diálogo, el encuentro con Dios.

Dios, conocido y venerado como Trinidad Santísima. Se ora al Padre, por Jesucristo y en el Espíritu. En diálogo, lleno de confianza en el amor proveniente de Dios Padre. En esa insustituible relación personal se expresan amores y sentimientos, palabras y silencios, gestos corporales y vivencias íntimas imperceptibles. Es un diálogo entre personas y, por ello, las experiencias por parte del hombre, alcanzan todas las dimensiones de la personalidad.

Se habla con Dios escuchando a Dios. No es un juego de introspección, de intimismo egocéntrico, que en uno comienza y en uno termina. Más bien, el orante busca, ayudado por el Espíritu, la Palabra viva de Dios que es Jesucristo, y contempla, en el rostro del Padre, la luz que necesita para afianzarse en la fe, fortalecer la esperanza y vivir en un amor sin medida.

Los maestros de la vida espiritual hablan de conversación, de elevación del alma, de coloquio personal con Dios. Siempre hay un percatarse, un darse cuenta, un tomar conciencia de la presencia de Dios. De este íntimo convencimiento surge inmediatamente la adoración, que es reconocimiento de la grandeza y majestad de Dios; la alabanza a su infinita bondad y riqueza de misericordia; el ofrecimiento incondicional a realizar la voluntad de tan altísimo Señor; la súplica de perdón y reconocimiento de la pequeñez del hombre que ora; la acción de gracias por tantas bendiciones y favores recibidos; la petición humilde de ayuda de la gracia, del favor de Dios para tantas necesidades de quienes viven en el mundo...

Queda bien claro que el hombre de fe no puede vivir sin la oración, sin relacionarse con Dios. En esta falta de oración tiene su origen tanta anemia espiritual, tanta indiferencia religiosa, tanta ambigüedad en los comportamientos. Por el contrario, la oración hace que el hombre se encuentre con Dios, que conozca su origen y destino, que se sienta querido y amparado providencialmente por Él. Que reconozca con humildad la sabiduría de Dios, que confíe en Él, que persevere en la oración, en la súplica.

La oración es siempre personal y siempre comunitaria. Es decir, que es una persona la que reza, la que ora, pero no prescinde de los demás, sino que lo hace en unión con toda la Iglesia. Otra cosa distinta es que las acciones, los modos de oración puedan hacerse de forma individual o de forma colectiva, aunque es la Iglesia la que ora siempre lo hace como la comunidad universal de cuantos han sido redimidos con la Sangre de Cristo.

El acto y el momento más importante de la oración de la Iglesia es la celebración de la Eucaristía. Se ora con Cristo, con Él se ofrece la Iglesia. Con la acción y la fuerza del Espíritu el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y los hombres, tan diversos, en un solo pueblo. Y todo se hará en alabanza de Dios Padre y en súplica por los vivos y por los difuntos.

En la actualidad hay en la Iglesia un notable movimiento a favor de la oración. Son cada día más numerosos los grupos de oración. Las personas que buscan el silencio, las comunidades que se acercan a la contemplación. No es que la oración sirva para algo, es que resulta completamente indispensable en la vida de fe, en la vida cristiana.

La oración, escribe san Juan Climaco, es unión con Dios y conversión con Él. Mantiene el equilibrio del mundo, reconcilia con Dios, provoca lágrimas santas, es un puente por encima de las tentaciones y un muro entre nosotros y la aflicción. La oración es señal de esperanza y victoria sobre la tristeza. La oración es un espejo en el que vemos nuestros progresos y signos en el camino que hay que recorrer para alcanzar los bienes futuros.

